

CAPITALISMO: MÁS ALLÁ DE LA CRISIS

AMARTYA SEN

1.

2008 fue un año de crisis. Primero se produjo una crisis alimentaria, que amenazó principalmente a los consumidores más pobres, sobre todo en África. Acompañándola vino un aumento récord de los precios del petróleo, que amenazó a todos los países importadores. Finalmente, de modo bastante súbito, en otoño, se produjo un giro descendente económico a escala global, que está ahora acelerándose a un ritmo aterrador. Parece probable que el año 2009 traiga consigo una aguda intensificación de ese retroceso y muchos economistas están previendo una depresión a gran escala, quizá incluso de tanta envergadura como la de la década de 1930. Aunque algunas sustanciales fortunas personales han sufrido acusadas reducciones, la gente más afectada es aquella que era ya anteriormente la menos pudiente.

La cuestión que ahora surge con máxima urgencia concierne a la naturaleza del capitalismo y si es necesario cambiarlo. Algunos defensores del capitalismo sin restricciones, contrarios a cualquier modificación, están convencidos de que se está culpando a éste en exceso de algunos problemas económicos de corto plazo; problemas que ellos atribuyen alternativamente al mal gobierno (por ejemplo, la Administración Bush) y al mal comportamiento de algunos individuos (o lo que John McCain calificó durante la campaña presidencial de "la codicia de Wall Street"). Otros, no obstante, sí ven serios defectos en el funcionamiento económico vigente y querrían reformarlo, buscando un planteamiento

alternativo que cada vez más se está denominando "nuevo capitalismo". La idea de un viejo y un nuevo capitalismo tuvo un papel vigorizante en un simposio titulado "Nuevo Mundo, Nuevo Capitalismo" celebrado en París en enero de 2009 y patrocinado por el presidente francés, Nicolas Sarkozy, junto al ex primer ministro británico, Tony Blair, en que ambos tuvieron elocuentes intervenciones sobre la necesidad de cambio. Y también intervino la canciller alemana Angela Merkel, que habló sobre la vieja idea alemana de "mercado social"—un mercado restringido por un conjunto de políticas generadoras de consenso— como posible esquema para un nuevo capitalismo (aunque Alemania ha salido mucho mejor parada en la reciente crisis que otras economías de mercado).

Es claro que hacen falta ideas para cambiar la organización social a largo plazo, al margen totalmente de las estrategias para hacer frente a la crisis inmediata. Yo separaría tres preguntas de las muchas que cabe hacer. La primera: ¿realmente necesitamos algún tipo de "nuevo capitalismo" en lugar de un sistema económico que no sea monolítico, se sirva de una serie de instituciones pragmáticamente elegidas, y se base en valores sociales que podamos defender éticamente? ¿Debemos buscar un capitalismo nuevo o un "mundo nuevo"—por emplear otra expresión mencionada en la reunión de París— que adopte una forma diferente?

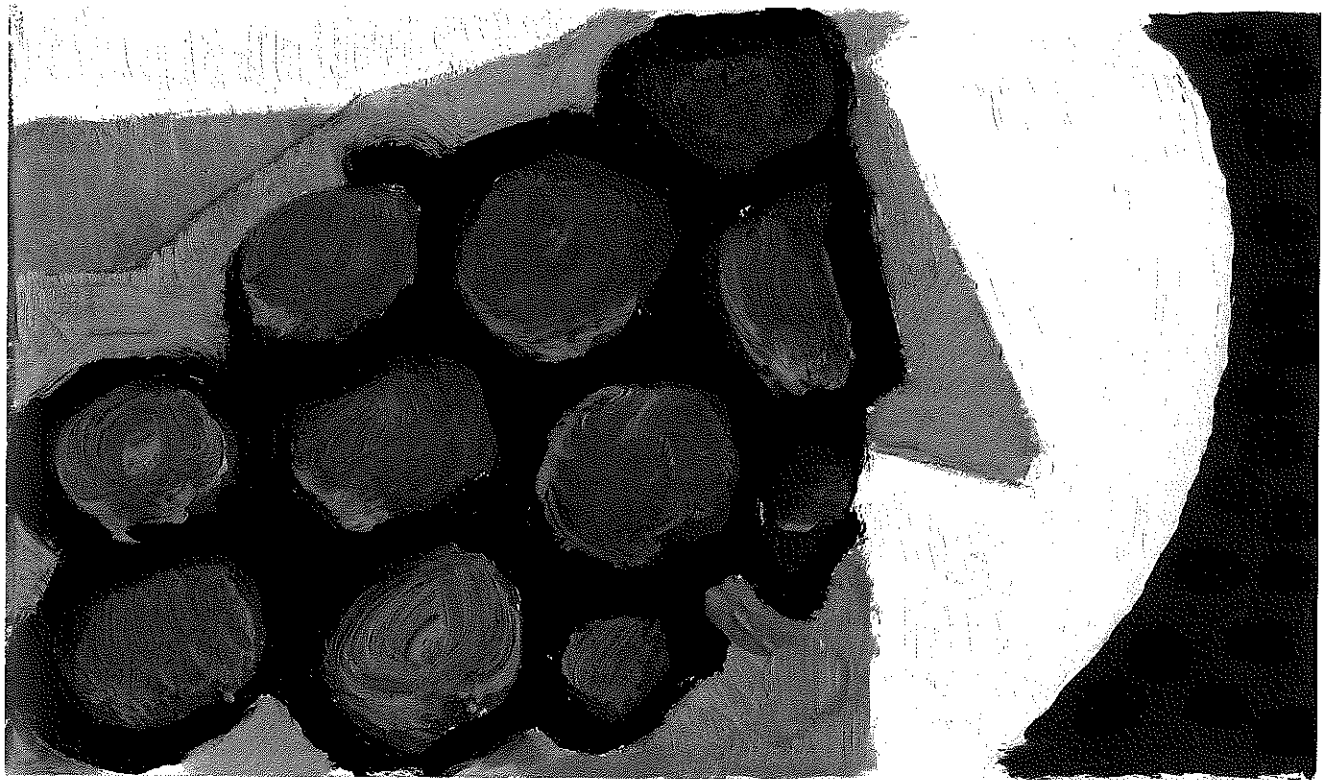
La segunda pregunta atañe a la índole de economía que hace falta hoy, sobre todo a la luz de la presente crisis. ¿Cómo valoramos lo que enseñan y

defienden los economistas académicos como guía para la política económica, incluida la recuperación del pensamiento keynesiano en los últimos meses a medida que la crisis se recrudece? De modo más particular, ¿qué nos dice la presente crisis económica sobre el tipo de instituciones y prioridades que debemos cultivar? En tercer lugar, además de ir avanzando hacia una mejor comprensión de qué tipo de cambios a largo plazo son necesarios, tenemos que ponernos a pensar—y con toda premura— sobre cómo salir de la presente crisis con el mínimo posible de daños.

2.

¿Cuáles son las características especiales que dan a un sistema un indudable carácter capitalista, viejo o nuevo? Si hemos de reformar el actual sistema económico capitalista, ¿cómo se lograría que el producto final fuera un nuevo capitalismo y no otra cosa distinta? Parece generalmente aceptado que recurrir a los mercados para las transacciones económicas es una condición necesaria para que una economía pueda ser calificada de capitalista. De modo similar, la dependencia del estímulo de lucro y el beneficio individual basado en la propiedad privada se consideran rasgos arquetípicos del capitalismo. Ahora bien, si éstos son requisitos necesarios ¿son los sistemas económicos vigentes, por ejemplo en Europa y América, auténticamente capitalistas?

Todos los países ricos del mundo—los de Europa, así como Estados Unidos, Canadá, Japón, Singapur, Corea del Sur, Australia y otros— han dependido parcialmente, desde hace ya algún



tiempo, de transacciones y otras aportaciones que se sitúan en gran medida fuera de los mercados. Entre ellas figuran las prestaciones de desempleo, el sistema público de jubilación, otros aspectos de la seguridad social y una serie variada de servicios distribuidos a través de canales externos al mercado. El provecho económico ligado a estos servicios no se basa en la propiedad privada ni en los derechos de propiedad.

La economía de mercado ha dependido además, para su funcionamiento, no sólo de maximizar beneficios sino también de muchas otras actividades, como mantener la seguridad pública y suministrar servicios públicos —algunos de los cuales han llevado a la gente mucho más allá de una economía impulsada por el lucro—. Los encomiables resultados del llamado sistema capitalista, cuando las cosas iban bien, estaban ligados a una serie de instituciones —la educación pública, la sanidad y los transportes de masas son sólo unos cuantos ejemplos entre muchos— que en modo alguno dependían exclusivamente de una economía de mercado basada en maximización de beneficios y derecho

personal limitado a la propiedad privada. Subyace a esta cuestión un interrogante más fundamental: si capitalismo es un término de particular utilidad hoy día. La idea de capitalismo tuvo, de hecho, un importante papel históricamente, pero es muy posible que, llegados a este punto, esa utilidad se haya agotado.

Por ejemplo, en el siglo XVIII las obras pioneras de Adam Smith mostraron la utilidad y el dinamismo de la economía de mercado, y por qué —y especialmente cómo— funcionaba ese dinamismo. El estudio de Adam Smith suministró un iluminador diagnóstico sobre cómo operaba el mercado precisamente cuando dicho dinamismo estaba emergiendo con fuerza. La contribución de *La riqueza de las naciones*, publicado en 1776, a la comprensión de lo que llegó a llamarse capitalismo fue monumental. Smith demostró que liberar el comercio puede ser con mucha frecuencia extremadamente útil para generar prosperidad económica a través de la especialización de la producción y la división del trabajo, y para hacer buen uso de las economías de gran escala.

Aquellas lecciones siguen siendo profundamente relevantes aun hoy día (es interesante que el trabajo analítico, altamente complejo, sobre comercio internacional por el que Paul Krugman recibió el último premio Nobel de economía esté estrechamente ligado a las perspicaces ideas de Adam Smith que tienen más de 230 años). Los análisis económicos que siguieron a aquellas primeras exposiciones sobre los mercados y el uso del capital en el siglo XVIII han conseguido establecer sólidamente el sistema de mercado en el corpus de las principales corrientes económicas.

Sin embargo, incluso cuando se aclaraban y explicaban las positivas contribuciones del capitalismo a través de los procesos de mercado, empezaban a ser también claros sus lados negativos muchas veces para el mismo analista. Mientras que una serie de pensadores sociales, el más sobresaliente de ellos Karl Marx, presentaron influyentes argumentos para una crítica y, en última instancia, una sustitución del capitalismo, las enormes limitaciones de confiar enteramente en la economía de mercado y en la búsqueda de beneficio eco-

nómico también fueron bastante evidentes incluso para Adam Smith. En efecto, los primeros defensores del uso del mercado, entre ellos Smith, no creían que el puro mecanismo del mercado fuera un agente de excelencia por sí solo, ni tampoco que el incentivo de lucro fuera lo único necesario.

Aunque la gente comercia en función de su interés (no hace falta más que el propio interés, como tan lúcida-mente lo expresó Adam Smith, para explicar por qué panaderos, cerveceros, carniceros y consumidores buscan comerciar), una economía puede, no obstante, operar eficazmente sólo sobre la base de la confianza entre las diversas partes. Cuando la actividad comercial, incluida la de bancos y otras instituciones financieras, genera confianza en que se pueden cumplir y se cumplirán los compromisos adquiridos, entonces las relaciones entre quien presta y el tomador del préstamo pueden ser fluidas de modo mutuamente benéfico. Como escribió Adam Smith:

“Cuando la gente de un país cualquiera tiene tal confianza en el patrimonio, la probidad y la prudencia de un banquero en particular como para creer que siempre estará dispuesto a pagar a la vista todo pagaré suyo que le pueda ser presentado en cualquier momento, ese papel moneda tendrá el mismo valor que si fuera moneda de oro y plata, por la confianza en que ésta puede obtenerse siempre a cambio de aquel papel”¹.

Smith explicaba por qué en ocasiones esto no ocurría, y yo aventuraría que no habría considerado especialmente desconcertantes las dificultades que encuentran hoy los hombres de negocios y los bancos debido al miedo y la desconfianza generalizados, que mantienen congelados los mercados crediticios e impiden una expansión coordinada del crédito.

Merece también mención en este contexto, sobre todo porque el “Estado del bienestar” nació mucho después de

la época de Smith, que en sus diversos escritos es notablemente prominente su excepcional interés —y preocupación— por la suerte de los pobres y los desvalidos. El fracaso más inmediato del mecanismo de mercado reside en las cosas que el mercado deja *sin hacer*. Los análisis económicos de Smith van mucho más allá de dejar todo a la mano invisible del mercado. No sólo era defensor del papel del Estado en el suministro de servicios públicos, como la educación, y en el auxilio a los pobres (junto a la petición de mayor libertad de la que permitían las Leyes de Pobres de su tiempo para los indigentes que recibían amparo público); también sentía una profunda preocupación por la desigualdad y la pobreza que podían subsistir en una economía de mercado por todo lo demás próspera.

La falta de claridad en la distinción entre la necesidad y la suficiencia del mercado ha sido responsable de algunas interpretaciones erróneas de las tesis de Smith sobre el mecanismo de mercado por parte de muchas personas que se dicen sus seguidores. Por ejemplo, la defensa que hizo Adam Smith del mercado alimentario y su crítica a las restricciones que imponía el Estado en el comercio privado de granos para alimentación, se han entendido a menudo como una afirmación de que cualquier interferencia del Estado agravaría por fuerza el hambre y las hambrunas.

Pero la defensa que hizo Smith del comercio privado simplemente disputaba la convicción de que impedir el comercio de alimentos reduciría el peso del hambre. Eso en modo alguno niega la necesidad de la acción del Estado para complementar las operaciones del mercado mediante la creación de empleo y de rentas (por ejemplo, a través de programas de trabajo). Si el desempleo se incrementara acusadamente debido a unas malas circunstancias económicas o malas políticas públicas, el mercado, por sí solo, no recrearía los ingresos de quienes han perdido el puesto de trabajo. Los nuevos desempleados, dijo Smith, “morirían de hambre, o tendrían que buscarse el sustento recurriendo a la mendicidad o

perpetrando quizá las mayores atrocidades”, y “la necesidad, el hambre y mortandad prevalecerían de inmediateo...”². Adam Smith rechaza las intervenciones que *excluyen* el mercado; pero no las intervenciones que incluyen el mercado mientras procuran hacer todas esas importantes cosas que el mercado puede dejar desatendidas.

Smith nunca utilizó el término “capitalismo” (al menos en la medida en que yo he podido investigarlo), pero sería también difícil extraer de sus obras cualquier teoría a favor de la suficiencia de las fuerzas de mercado, o de la necesidad de aceptar el predominio del capital. En *La riqueza de las naciones* Smith habló sobre la importancia de los grandes valores que van más allá del beneficio económico; pero es en su primer libro, *La teoría de los sentimientos morales*, publicado exactamente hace un cuarto de milenio, en 1759, donde investigó ampliamente la fuerte necesidad de una acción basada en valores muy superiores a la búsqueda de provecho económico. Aunque escribió que la “prudencia” era “de todas las virtudes la más útil para el individuo”, sostuvo también que “la humanidad, la justicia, la generosidad y el espíritu público son las cualidades más útiles para los demás”³.

Smith creía que los mercados y el capital cumplían una buena función dentro de su propia esfera, pero exigían, primero, el soporte de otras instituciones —entre ellas servicios públicos como la escuela— y otros valores aparte de la pura búsqueda de lucro; y, después, las limitaciones y correcciones suministradas por otras instituciones —por ejemplo, regulaciones financieras bien ideadas y asistencia pública a los pobres— para prevenir la inestabilidad, la desigualdad y la injusticia. Si quisiéramos buscar un nuevo planteamiento para la organización de la actividad económica que incluyera la opción

¹ Adam Smith, *An Inquiry into the Nature and Causes of the Wealth of Nations*, ed. de R.H. Campbell y A.S. Skinner (Clarendon Press, 1976), I, II, II.28, p. 292. [Edición española: *Investigación sobre la naturaleza y las causas de la riqueza de las naciones* [Fondo de Cultura Económica, 1997], versión de Gabriel Franco].

² Smith, *The Wealth of Nations*, I, I.VIII.26, pág. 91.

³ Adam Smith, *The Theory of Moral Sentiments*, edición de D.D. Raphael y A.L. Macfie (Clarendon Press, 1976), págs. 189-190. [Edición española: *La teoría de los sentimientos morales*, Alianza Editorial, 2004], traducción de Carlos Rodríguez Braun]

pragmática de una serie de servicios públicos y regulaciones bien ponderadas, estaríamos siguiendo, y no apartándonos, de la agenda de reforma que Smith delineó mientras defendía y también criticaba el capitalismo.

3.

Históricamente, el capitalismo no surgió hasta que los nuevos sistemas legales y las prácticas económicas protegieron los derechos de propiedad e hicieron viable una economía basada en ella. El intercambio económico no pudo llevarse a cabo eficazmente hasta que la moral comercial hizo sostenible y poco costosa la conducta contractual —que dejó de exigir constantes demandas por impagos, por ejemplo—. La inversión en negocios productivos no pudo florecer hasta que se hubieron moderado los superiores beneficios que rendía la corrupción. El capitalismo orientado al provecho económico siempre ha requerido el apoyo de otros valores institucionales.

En años recientes, se ha hecho mucho más difícil rastrear las obligaciones morales y legales, y las responsabilidades asociadas a las transacciones, debido al rápido desarrollo de mercados secundarios que implican derivados y otros instrumentos financieros. Quien concede una hipoteca *subprime* e induce a error al hipotecado llevándole a incurrir en riesgos imprudentes, puede después pasar los activos financieros a terceras partes —que se encuentran muy alejadas de la transacción original—. La atribución de responsabilidades ha quedado seriamente socavada, y la necesidad de supervisión y regulación ha devenido mucho más fuerte.

Y sin embargo, la función supervisora del gobierno de Estados Unidos en particular ha quedado, durante el mismo periodo, acusadamente limitada en virtud de una creciente creencia en el carácter autorregulador de la economía de mercado. Precisamente cuando aumentaba la necesidad de vigilancia estatal, esa necesaria supervisión se redujo. A consecuencia de todo ello, acechaba un desastre que finalmente se produjo el año pasado; y esto

ha contribuido mucho, sin lugar a dudas, a la crisis financiera que hoy asola el mundo. La insuficiente regulación de la actividad financiera tiene implicaciones no sólo para las prácticas ilegítimas, sino también para la tendencia a especular en exceso que, como sostuvo Adam Smith, hace presa en muchos seres humanos en su afanosa búsqueda de lucro.

Smith calificó a los promotores del riesgo excesivo en la búsqueda de réditos “pródigos y proyectistas”, que viene a ser una descripción bastante buena de los dadores de hipotecas basura de los últimos años. Comentando sobre las leyes contra la usura, por ejemplo, Smith pedía regulación desde el Estado para proteger a los ciudadanos de los “pródigos y proyectistas” que fomentaban los préstamos imprudentes:

“Una gran parte del capital del país estaría, así, fuera del alcance de quienes con toda probabilidad harían un uso rentable y ventajoso del mismo, y sería arrojada a manos de aquellos que con toda probabilidad lo derrocharían y disiparían”⁴.

La fe implícita en la capacidad de la economía de mercado para autocorregirse, que es en gran medida responsable de que se eliminara la regulación previamente establecida en Estados Unidos, ha tendido a pasar por alto las actividades de pródigos y proyectistas de un modo que habría escandalizado a Adam Smith.

La presente crisis económica ha estado parcialmente generada por una inmensa sobrestimación de la solidez de los procesos del mercado; y la crisis se está exacerbando debido a la ansiedad y la falta de confianza en el mercado financiero y en el ámbito comercial en general, unas respuestas que se han hecho evidentes en las reacciones del mercado a la secuencia de planes de estímulo, incluido el plan de 787 mil millones de dólares que la nueva administración Obama ha convertido en ley en febrero de 2009. Da la casualidad que este tipo de problemas fue ya tipificado en el si-

glo XVIII por Adam Smith, pese a que han sido desatendidos por quienes en años recientes han estado en cargos de autoridad, especialmente en Estados Unidos, y no han parado de citar a Adam Smith a favor de un mercado sin ataduras.

4.

Aunque recientemente se ha citado mucho a Adam Smith, aun si no se le ha leído demasiado, se ha producido una enorme recuperación, aún más reciente, de John Maynard Keynes. Sin duda alguna, el retroceso económico acumulativo que vemos ahora mismo, el cual va aproximándonos a la depresión, tiene claros rasgos keynesianos; el descenso en las rentas de un grupo de personas ha generado una reducción en sus adquisiciones, causando a su vez una nueva reducción en las rentas de otros grupos.

Sin embargo, Keynes puede ser nuestro salvador sólo en medida muy parcial, y hace falta mirar más allá para entender la presente crisis. Un economista cuya actual relevancia ha sido menos reconocida es el rival de Keynes, Arthur Cecil Pigou, que, como Keynes, también estuvo en Cambridge y también en el Kings College, en la misma época. A Pigou le interesaba mucho más que a Keynes la psicología económica y los modos en que ésta podía influir en los ciclos comerciales, así como agudizar y endurecer una recesión económica que podía llevar a la depresión (como en efecto estamos viendo ahora). Pigou atribuía las fluctuaciones económicas en parte a “causas psicológicas” que consistían en

“variaciones en el talante mental de personas cuya acción controla la industria, que resultan en errores de injustificado optimismo o injustificado pesimismo en sus previsiones financieras”⁵.

Es difícil no percatarse del hecho de que hoy día, además de los efectos keynesianos de un descenso mutuamente reforzado, estamos claramente

⁴ Smith, *The Wealth of Nations*, I, II.IV.15, pág. 357.

⁵ A.C. Pigou, *Industrial Fluctuations* (Macmillan, Londres, 1929), pág. 73.

en presencia de “errores de... injustificado pesimismo”. Pigou se centró particularmente en la necesidad de descongelar el mercado crediticio cuando la economía es presa de un pesimismo excesivo:

“Por ello, en igualdad de circunstancias, la incidencia de los fracasos comerciales será más o menos generalizada, dependiendo [de que] los préstamos bancarios sean, frente a la crisis de demanda, menos o más fácilmente obtenibles⁶”.

No obstante las enormes inyecciones de liquidez en las economías americanas y europeas, realizadas en gran parte por los gobiernos, los bancos y las instituciones financieras se han mostrado hasta ahora reacias a descongelar el mercado crediticio. Además, siguen fracasando otros negocios, en parte como consecuencia de la ya menor demanda (el “multiplicador” keynesiano), pero también como respuesta al miedo a una demanda aún menor en el futuro, en un clima de pesimismo general (el proceso de pesimismo contagioso de que habló Pigou).

Uno de los problemas a que se enfrenta el gobierno Obama es que la auténtica crisis, surgida de la mala gestión financiera y de otras transgresiones se ha magnificado muchísimo debido al desplome psicológico. Las medidas que ahora mismo se están debatiendo en Washington y otros puntos para regenerar el mercado crediticio incluyen rescates —con firmes requisitos de que las instituciones financieras subvencionadas faciliten préstamos—, la adquisición de activos tóxicos por parte del gobierno, aseguramiento frente al impago de préstamos, y nacionalización de bancos. (Esta última propuesta asusta a muchos conservadores, igual que el control privado del dinero público entregado a los bancos inquieta a las personas interesadas en que se rindan las debidas cuentas). Como sugiere la débil respuesta del mercado a las medidas administrativas hasta el momento, cada una de estas políticas tendría que ser valorada parcialmente por su impacto en la psicología

⁶ A.C. Pigou, *Industrial Fluctuations*, pág. 96.

de las empresas y los consumidores, sobre todo en Estados Unidos.

5. Las diferencias entre Pigou y Keynes son relevantes también por otra razón. Mientras Keynes se dedicó mucho a la cuestión de cómo incrementar la renta agregada, se ocupó relativamente menos de analizar problemas de distribución desigual de la riqueza y del bienestar social. Por el contrario, Pigou no sólo escribió el estudio clásico de la Economía del bienestar, sino que también fue pionero en medir la desigualdad económica como importante indicador para hacer evaluaciones y políticas económica⁷. Puesto que el sufrimiento de los más necesitados de cada economía —y del mundo— exige una atención de máxima urgencia, el papel de una cooperación de apoyo entre finanzas y gobierno no puede limitarse sólo a la expansión mutuamente coordinada de la economía. Hay una necesidad crítica de prestar especial atención a los desvalidos de la sociedad en la planificación de una respuesta a la actual crisis, y en ir más allá de medidas para producir una general expansión económica. Las familias amenazadas con desempleo, con falta de asistencia médica y con privaciones sociales así como económicas, han sido las más duramente afectadas. Se impone un reconocimiento mucho mayor de las limitaciones de la economía keynesiana para abordar sus problemas.

Un tercer modo en que hace falta complementar a Keynes atañe a su relativo olvido de los servicios sociales; hasta Otto von Bismarck habló más que Keynes sobre esta cuestión. El hecho de que la economía de mercado puede ser particularmente deficiente a la hora de generar bienes públicos (como la educación y la sanidad) ha sido analizado por algunos de los principa-

⁷ A.C. Pigou, *The Economics of Welfare* (Macmillan, Londres, 1920) [Versión española: *La economía del bienestar* Aguilar, 1946]. Los actuales trabajos sobre desigualdad económica, entre ellos las importantes contribuciones de A.B. Atkinson, están en medida considerable inspiradas en la precursora iniciativa de Pigou: véase Atkinson, *Social Justice and Public Policy* (MIT Press, 1983).

les economistas de nuestro tiempo, entre ellos Paul Samuelson y Kenneth Arrow. (Pigou también contribuyó a este tema con su énfasis en los “efectos externos” de las transacciones mercantiles, donde ganancias y pérdidas no se limitan sólo a los compradores y vendedores directos). Éste es, desde luego, un asunto a largo plazo, pero es pertinente señalar además que el mordisco de un retroceso económico puede ser mucho más profundo cuando la sanidad en particular no está garantizada para todo el mundo.

Por ejemplo, sin un sistema de sanidad pública todo puesto de trabajo perdido puede producir una mayor exclusión de servicios médicos esenciales, debido a la pérdida de ingresos o a la pérdida de seguros médicos privados ligados al trabajo. Estados Unidos tiene ahora una tasa de desempleo del 7,6%, lo cual está empezando a originar enormes privaciones. Merece la pena preguntarse cómo consiguieron algunos países europeos, como Francia, Italia y España, que vivieron durante décadas con niveles de paro mucho más altos, evitar un desplome total de su calidad de vida. La respuesta reside en parte en el modo en que opera el Estado del bienestar europeo, con prestaciones de desempleo mucho más sólidas que en Estados Unidos y, lo que es aún más importante, con unos servicios médicos esenciales que el Estado provee para todo el mundo.

El fracaso del mecanismo de mercado en ofrecer servicios médicos a todo el mundo ha sido flagrante, de modo muy sobresaliente en Estados Unidos, pero también en el acusado parón que muestra el avance de la salud y la longevidad en China a raíz de la abolición de la cobertura sanitaria universal en 1979. Antes de las reformas económicas de aquel año, todo ciudadano chino tenía garantizada la atención médica que ofrecían el Estado o las cooperativas, aun si era en un nivel bastante elemental. Cuando China prescindió de su contraproducente sistema de colectivización y comunas agrarias y de unidades industriales gestionadas por burocracias, consiguió con ello hacer que la tasa de crecimen-

to del producto nacional bruto subiera con mayor rapidez que en ningún otro sitio del mundo. Pero al mismo tiempo, guiada por su nueva fe en la economía de mercado, China también abolió el sistema de asistencia médica universal; y, tras las reformas de 1979, los chinos tuvieron que comprar su seguro médico (salvo en algunos casos relativamente infrecuentes en que el Estado o alguna gran compañía suministraba este servicio a sus empleados y dependientes). Con este cambio, se ralentizó fuertemente el rápido progreso de China hacia la longevidad.

Esto era ya suficientemente problemático cuando la renta agregada de China estaba creciendo a un ritmo extremadamente acelerado, pero por fuerza ha de convertirse en un problema mucho más grave cuando la economía china se desacelera fuertemente, como está ocurriendo a la sazón. El gobierno chino intenta ahora reintroducir gradualmente la sanidad universal; y el gobierno de Estados Unidos bajo la presidencia de Obama se ha comprometido también a hacer universales las prestaciones médicas. Tanto en China como en Estados Unidos estas rectificaciones tienen un largo recorrido por delante, pero deben ser elementos centrales para abordar la crisis económica, así como para lograr transformaciones a largo plazo de ambas sociedades.

6.

La recuperación de Keynes tiene mucho que ofrecer tanto al análisis económico como a la política económica, pero hay que echar las redes mucho más lejos. Aunque con frecuencia se considera a Keynes como una especie de figura "rebelde" en la economía contemporánea, el hecho es que estuvo cerca de convertirse en el gurú de un nuevo capitalismo que se centró en intentar estabilizar las fluctuaciones de la economía de mercado (y una vez más con atención relativamente escasa a las causas psicológicas de las fluctuaciones financieras). Pese a que Adam Smith y Pigou tienen fama de economistas más bien conservadores, muchas de las profundas ideas sobre la importancia de

instituciones ajenas al mercado y de valores ajenos al lucro se gestaron en ellos, más que en Keynes y sus seguidores.

Una crisis no sólo presenta un inmenso reto al que ha de hacerse frente. Proporciona también la oportunidad para abordar cuestiones de larga duración cuando la gente está dispuesta a reconsiderar las convenciones aceptadas. Es por ello por lo que la presente crisis también hace importante que se acometan problemas de largo plazo como la conservación del medio ambiente y la sanidad pública, así como la necesidad de transporte público, seriamente desatendido en las últimas décadas y también marginado hasta el momento—incluso mientras escribo este artículo— en las primeras medidas anunciadas por el gobierno Obama. Los costes son, sin duda, importantes; pero, como demuestra el ejemplo del Estado indio de Kerala, es posible crear una sanidad garantizada por el Estado con un coste relativamente bajo. Desde que los chinos abandonaron la asistencia médica universal en 1979, Kerala—que sigue manteniéndola—ha superado muy sustancialmente a China en esperanza media de vida y en indicadores como la mortalidad infantil, no obstante tener un nivel mucho más bajo de renta per capita. Por tanto, hay también oportunidades para los países pobres.

Pero los máximos desafíos son los que se han planteado a Estados Unidos, que tiene ya el mayor nivel de gasto per capita en sanidad de todos los países del mundo pero sigue mostrando unos resultados relativamente bajos en el ámbito de la salud, y donde hay más de cuarenta millones de personas sin garantía de atención médica. Parte del problema en este caso es de actitud y discernimiento público. Es necesario corregir a través del debate público unas percepciones enormemente distorsionadas sobre cómo funciona un servicio nacional de sanidad. Por ejemplo, suele creerse que nadie puede elegir a su médico en el servicio médico nacional de los países europeos, lo cual no es en modo alguno cierto.

Hay también, sin embargo, necesidad de entender mejor las opciones posibles. En los análisis estadounidenses sobre reforma de la sanidad se ha prestado excesiva atención al sistema canadiense—un sistema de sanidad pública que dificulta extremadamente la práctica privada—mientras que en Europa occidental los servicios médicos no sólo cubren a todo el mundo sino que también permiten, junto a la cobertura pública, la práctica privada y los seguros médicos privados para quienes tienen dinero para ello y quieren emplearlo de este modo. No está claro cuál es exactamente la razón de que personas ricas que pueden gastarse el dinero tranquilamente en yates y otros artículos de lujo no puedan gastárselo en una resonancia magnética o un escáner. Si nos inspiramos en los argumentos de Adam Smith a favor de la diversidad de instituciones, y de toda una variedad de motivaciones, podemos adoptar medidas prácticas que harían una inmensa diferencia para el mundo en que vivimos.

Yo diría que la presente crisis económica no exige un "nuevo capitalismo", pero sí una reconsideración nueva de anteriores ideas, como las de Smith y, más cercanas a nuestro tiempo, las de Pigou, muchas de las cuales han sido lamentablemente olvidadas. Lo que también hace falta es una percepción lúcida de cómo funcionan en realidad diversas instituciones, y de cómo una serie de organizaciones—desde el mercado a las instituciones estatales—pueden sobrepasar las soluciones a corto plazo y contribuir a crear un mundo económico más aceptable. ■

25 de febrero de 2008

Traducción: Eva Rodríguez Halffter.

© 2009 *The New York Review of Books*. (Distributed by The New York Times Syndicate).

Amartya Sen es catedrático de la Universidad de Lamont y de la Universidad de Harvard.